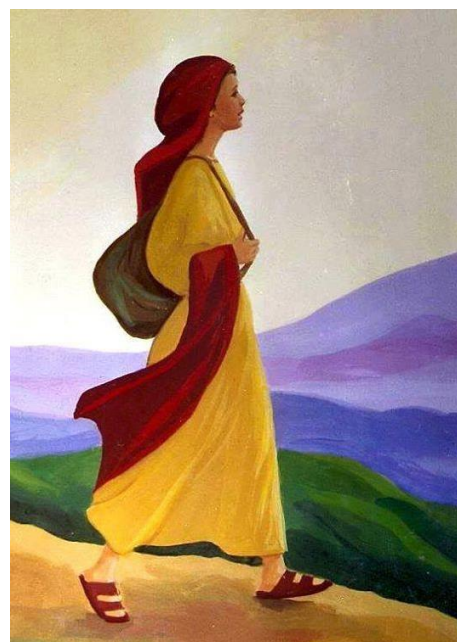


¿A QUIÉN ENVIARÉ? ¿QUIÉN IRÁ POR MÍ?



En el contexto del mes dedicado a la misión, es bueno recordar una fecha importante para nuestra Congregación, 20 de octubre de 1792, día que el Buen Padre salió del granero de la Motte d'Usseau. Quien Iluminado e impulsado por el testimonio de San Caprasio, mártir de la fe, decide poner su vida en las manos del Señor y sale a anunciar el amor redentor de Dios, en un tiempo violento y difícil. Hagamos memoria de sus palabras: *“Cuando salí finalmente, de estar con Maumain me postré a los pies de un roble que no estaba lejos de la casa y me entregué a la muerte. Porque me había hecho sacerdote con la intención de sufrirlo todo, de sacrificarme por Dios y morir si era necesario por su servicio. Sin embargo, siempre tuve el presentimiento de que me salvaría”* (P Hilarión Lucas).

En este mes también hemos iniciado el trabajo para la elaboración del “Plan Apostólico de Congregación” (PAC). Tiempo para orar, reflexionar y discernir sobre lo que Dios nos está pidiendo hoy. Tiempo para hacer nuestra la Palabra de Dios dirigida a Isaías: *“¿a quién enviaré, y quién irá por mí?”*.

¿A quién enviaré allí donde la vida está amenazada? La necesidad de tener vida nos llega del mundo entero y con trajes diferentes: crisis ecológica con consecuencias dramáticas y siempre afectando a los más pobres; civilización industrial que degrada la vida y quita oportunidades a los más necesitados; corrupción generalizada en nuestros países, que

¿A quién enviaré allí donde la vida está amenazada? La necesidad de tener vida nos llega del mundo entero y con trajes diferentes.

crea cada vez más desigualdad y resentimiento; crecimiento del ateísmo, ya no hay necesidad de Dios; los desplazados, refugiados y emigrantes van en aumento, sobreviviendo en situaciones deshumanizantes; consecuencias de las catástrofes naturales, que afectan a los más débiles; violencia de género...

La elaboración del “Plan Apostólico de Congregación” será una muy buena oportunidad para contemplar, sentir, escuchar la realidad y descubrir cuáles son las llamadas que Dios nos hace como Congregación para seguir anunciando su Amor. Hemos sido llamadas para dejarnos tocar por el grito de los débiles, sin embargo, nuestra respuesta no siempre es consecuente. A veces se nos llena la boca diciendo que queremos ir donde la vida clama, donde más se nos necesite, ... pero, ¿de verdad estamos dispuestas a dejarlo todo y responder de corazón, como Isaías: aquí estoy Señor, envíame a mí?

Para responder a lo que Dios quiere de nosotras cada día, y en este momento de nuestra historia como Congregación, necesitamos cuidar el encuentro con el Señor, dedicar espacio y tiempo a la oración y ser fieles a ella. Escuchar la Palabra que el Señor nos dirige cada día; escuchar nuestra propia realidad, muchas veces necesitada de conversión; y escuchar las llamadas que nos hace el mundo, la Iglesia y la Congregación, nos lleva a renovar nuestra respuesta y ser creativas buscando juntas, dónde y cómo Dios nos quiere hoy.

Es verdad que todas estamos ya comprometidas con alguna tarea, y entregando allí la vida muchas veces al máximo. Sin embargo, en este momento de nuestro mundo, de nuestra Iglesia, y de nuestra Congregación, estamos llamadas a permanecer despiertas, vigilantes, atentas y abiertas a las nuevas llamadas que Dios nos hace a través de su Palabra y la realidad.

...estamos llamadas a permanecer despiertas, vigilantes, atentas y abiertas a las nuevas llamadas que Dios nos hace a través de su Palabra y la realidad.

El Papa Francisco cuando hace referencia al envío de los discípulos, nos recuerda que: *“en el “ir” de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva “salida” misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero*

todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20).

Sabemos que estas llamadas a despertar, levantarse, salir, ponerse en camino... se descubren en la oración y en el contraste con la vida, y se disciernen en comunidad. En las evaluaciones que las hermanas han hecho sobre la *“Formación de Superiores locales y Comunidades”*, entre otras muchas cosas, expresan la importancia de que la comunidad se implique en la búsqueda conjunta del querer de Dios, para responder a la misión.

Si nos detenemos a revisar nuestra vida y misión con autenticidad, constataremos que hay una llamada explícita a ser más conscientes de cómo es nuestro “ser y actuar”, cómo nos situamos en las tareas que realizamos, y qué cambios necesitamos hacer para que nuestro actuar sea más coherente con los valores del Evangelio. A veces la llamada es a revisar y cambiar nuestra manera de asumir los compromisos cotidianos. Si somos sinceras en evaluar nuestro actuar cotidiano, podremos aprender a ser mejores cada día.

A lo mejor nos preguntemos, ¿cómo cambiar nuestros esquemas mentales, nuestros hábitos... afianzados y repetidos durante tantos años? La misma pregunta le hizo Nicodemo a Jesús. *“¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su*

madre, y nacer? Le respondió Jesús: ... el que no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn.3, 4-5). Dejemos que el Espíritu del Señor nos transforme, nos inspire, nos convierta y nos empuje a nacer de nuevo, a cambiar lo que necesitamos cambiar, para responder a la misión de manera más evangélica, con más disponibilidad y según el Corazón de Dios.

Dejemos que el Espíritu del Señor nos transforme, nos inspire, nos convierta y nos empuje a nacer de nuevo, a cambiar lo que necesitamos cambiar, para responder a la misión...

En este camino que estamos haciendo como Congregación, escuchamos la llamada de Dios para colaborar con Él en la construcción del Reino. Es una llamada a cada una de nosotras, a quienes el Señor nos dice: “¿A quién enviaré? ¿Quién irá por mí?”. Esta propuesta puede producir cierto temor en nosotras, pero la misión procede de Dios, y es Él quien elimina el miedo, estas palabras de Jesús “no temas”, se repiten en todas las llamadas y en todos los envíos. María cuando se siente confundida por el anuncio del ángel, tiene esta respuesta “No temas, María..., porque para Dios no hay nada imposible” (Lc 1, 37). Es el amor de Dios el que elige, llama, forma, consagra y envía. Así lo reconoce Pablo: “Por la gracia de Dios soy lo que soy... no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1Cor, 15, 10).

Que, como María, aprendamos a escuchar al Señor, a vivir según su voluntad. Que “le sirvamos alegres en la esperanza, fuertes en la tribulación, perseverante en la oración y atentas a las necesidades de nuestros hermanos” (Rm 12, 11-13). Que María inspire, anime y acompañe nuestra vida, y nos enseñe a dar la respuesta alegre y audaz que el Señor espera: ¡Heme aquí, envíame a mí!